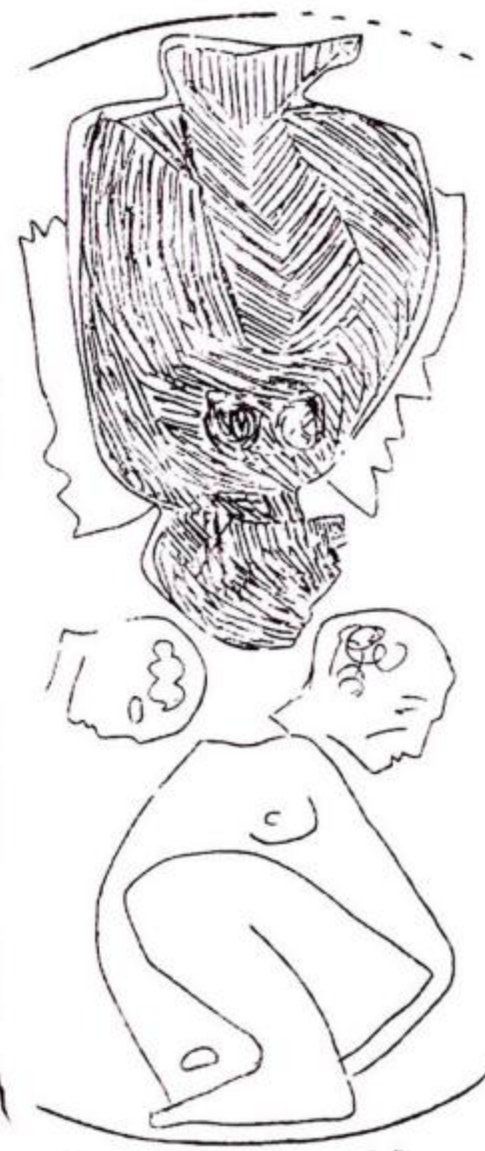


que no se había hecho antes, excepto en un video que se realizó en Medellín hace años, afortunado, en buena medida, casi sólo por la palabra viva del escritor.

En ese tono muy personal y referido a su obra, Arango habla, por ejemplo, de un tema que difícilmente se trataría en ámbitos distintos de aquellos donde el estereotipo, el cliché y el aprovechamiento de valores a ultranza son la comidilla: "La 'antioqueñidad'... Bueno, sí. Uno es de alguna parte. Además estoy convencido de que uno debe ser de alguna parte, de que hay que tener raíces. He tratado siempre de que lo que escribo parta de experiencias muy concretas. En ese sentido, para mí son muy importantes no sólo las montañas, sino los árboles con sus nombres, los lugares con los que estamos familiarizados, los usos y modos de ser y de hablar. Lo que ha pasado con la 'antioqueñidad' es que se ha convertido en una caricatura, en un estereotipo chovinista. Pero hay otra cosa que encuentras en Carrasquilla, en Fernando González, en uno de los poetas que yo más quiero, Epifanio Mejía, que fue el primero que le cantó a esas montañas. Yo diría que en muchos otros: escritores, artistas, que son ejemplares de un tipo humano distinto al del antioqueño avivato, que por desgracia es el más común. Ellos han querido hablar desde aquí, desde sus raíces. Fernando González trató de pensar desde aquí, desde su circunstancia, trató de pensarnos desde nosotros mismos".

Para ser José Manuel Arango un poeta mayor, como lo llamó alguna vez Darío Jaramillo, asombra la modestia, el tono menor con que asumía tanto su proceso de escritura ("La primera impresión frente a un texto propio, cuando todavía no ha pasado el entusiasmo con que se escribió, resulta casi siempre un engaño, un espejismo. Y uno nunca puede estar seguro de que siga siéndolo"), como el valor mismo que daba a sus poemas, a los cuales prefería llamar textos para no sentirse pretencioso. O tal vez esa actitud de casi incredulidad acerca de la trascendencia de su poesía esté a tono,

para nosotros, claro, con su condición de auténtico maestro. "Yo no creo ser un adicto a la escritura. De hecho, con frecuencia me paso meses y hasta años sin escribir. La poesía, claro, es otra cosa. No creo que se pueda vivir sin poesía. Uno vuelve siempre a los poetas que quiere, a los que todavía lo acompañan. [...] Yo no podría vivir sin mis poetas de cabecera, pero pienso que podría perfectamente vivir sin escribir. [...]"



En fin, es la diferencia de matices de estos poetas, el acercamiento a sus pensamientos más íntimos, lo que hace también más apasionante la lectura de este libro.

Cierra el ciclo Rogelio Echavarría, el más risueño, hacedor de frases y de calambures. En el transcurso de la entrevista, en el libro, no parece ser el mismo Rogelio Echavarría asustado y nervioso que dice Piedad Bonnett que se encontró al comienzo del encuentro, en un café bogotano. También contó ella, extra libro, que Echavarría le pidió prescindir de buena parte del material ya grabado, por considerarlo sin importancia, lo cual los lio en una amigable, pero exhaustiva disputa.

Como es natural, este poeta gasta bastante espacio narrando sus sufrimientos y venturas como periodis-

ta, porque empezó casi desde niño. En ello se le siente a sus anchas, dado que, como anota la entrevistadora, no siente remilgos en hablar bien de sí mismo y en alargarse contando sus logros y sus triunfos editoriales como escritor. Y todo lo salpica, aquí y allá, con frases chistosas y juegos de palabras: "¿Cuáles son los peligros más grandes que amenazan a un poeta?", y responde: "Si es al transeúnte, las motocicletas". Parece, en general, no querer irse a las honduras, y más divertirse que trascendentalizar.

En fin, un libro para el gusto de los lectores de buena poesía, que deja un agradable sabor después de haber leído todas sus páginas, por la soltura de sus conversaciones, por las anécdotas personales, por, como lo dije antes, las íntimas revelaciones de seis de los más importantes poetas contemporáneos de Colombia. Lejos de la rigidez de las academias, cerca del interés de los seguidores del poema bien servido.

LUIS GERMÁN SIERRA J.

Un álbum familiar

Yarumal. Tiempo de relatos

Francisco Jaramillo Mora

Libro Arte Editorial, Medellín, 2002, 206 págs.

Hay libros escritos sin ningún afán de trascendencia, sólo con un aire de reminiscencia, como un deber de identificación y reconocimiento, como homenaje familiar y chico-patriótico, suspirante visita a lugares que conserva la memoria pero que, ante la amenaza de su fragilidad, queremos preservar recordándolos particularmente a quienes consideramos —o ellos mismos así lo saben— los cercanos, vecinos, familiares, contemporáneos o herederos de un núcleo querido.

Éste es el caso de las apuntaciones que desde hace muchos días venía haciendo el médico Francisco

Jaramillo Mora, primero con su propia letra y en sus mismas "fórmulas" y después, cuando ya le iba siendo imposible sostener la pluma o acertar las teclas, con la ayuda solícita más que solicitada de sus hijas, entre ellas la periodista Lucrecia Jaramillo (quien fue compañera mía en la redacción de *El Tiempo*), pero también con la novedosa y facilitadora utilización de las modernas técnicas de impresión de nuestros días. Que por fin entrega en libro, como la mejor parte de su legado, cuando en su retiro desde hace algunos años en Calgary (Canadá) espera, pasados los ochenta años de una noble vida, la tranquila culminación de su misión cumplida.

Confieso que sus primeras páginas casi me desaniman, no por la sencillez de su relato sino por el carácter tan personal de lo que podría llamarse el corte de un álbum de familia. Y especialmente porque la experiencia de los primeros años de su existencia se parece tanto a la de todos los niños de esos pueblos de Antioquia —y más si son casi gemelos como Yarumal y Santa Rosa, mi patria chica— que, sólo con el cambio de algunos nombres, podría ser la misma. Las sanas costumbres de una sociedad culta y respetuosa no son ninguna novedad para quienes crecimos en y con ellas.

Pero al avanzar un poco fui hallando algo mío en el libro. Mis padres (aunque poco, por no decir nada, sé de sus familias, fuera de que tuvieron el mismo norte, que era venirse hacia el sur...) me llevaban de pequeño —nunca olvidaré las visitas a mi bisabuela centenaria, Crucita Restrepo, madre de mi abuela Mercedes Pineda de Múnera— y después, en edad escolar, viví algún tiempo en Yarumal. Nombres de personas, de calles (como la "Caliente", San Mateo, La Cañada de la Perra, La falda del Bobo), de entidades sociales y culturales, me tocaron el alma, y me abrieron de par en par el libro hasta llegar a saborearlo íntegramente. Estoy seguro de que ni Pacho, ni Lucrecia (cuyo esposo, Rodrigo Palacios, fue, antes de su muerte, también redactor de

El Tiempo) saben aquellas íntimas coincidencias. Para los fríos santarrosanos, Yarumal era una especie de puerto sin mar y sin río, caliente como su calle principal y, cuando la carretera que hoy es la troncal hacia Cartagena sólo llegaba hasta Valdivia, un centro comercial muy importante. Y como en mi pueblo no había ninguna "tolerancia", muchos jóvenes viajaban a Yarumal a buscar a la "Picolina"...



Una de las cosas más sorprendentes del libro es el censo de (casi) todas las personas que el autor conoció (y que recuerda) en los treinta años en que vivió o visitó a Yarumal, con la especificación de quienes fueron sus parientes (ascendientes y descendientes), sus amigos y discípulos... Y los nombres de los médicos y abogados, sacerdotes, educadores, periodistas, poetas, músicos y compositores, cantores, educadores, impresores, farmacéuticos, fotógrafos, libreros, carpinteros, carniceros, cantineros, choferes, joyeros, peluqueros, funcionarios, dentistas, telegrafistas, dueños de bares y cafés, de empresas, de fábricas, sí que también emboladores, tenderos, matarifes, "paqueteros" y "terciadores". Hay amplias listas de caballeros de sociedad, de damas de alcurnia, de la honorable clase media, de la honrada clase trabajadora y hasta, ¿cómo no?, de las alegres muchachas de La Carretera, así como de personajes típicos, de bobos y de pordioseros. Admira, pues, ver cómo tenía Pacho Jaramillo vocación de historiador: guardaba los más curiosos documentos personales, como libretas de calificaciones o

los periódicos escolares que muestran cómo la educación cívica era la base de esas sociedades pioneras de hombres de bien de no hace tantos años. ¡Qué hermoso ejemplo el de *Anales*, órgano del Gobierno de la República Infantil de la escuela pública de Yarumal! (Esas "repúblicas" fueron creadas por Luis Enrique Osorio, sí, el autor de tantas obras teatrales de sabroso costumbrismo, desde el Ministerio de Educación, con la idea visionaria de que con esas instituciones infantiles —presidente, ministros, congreso, elecciones, decretos y leyes— se estimulara a las nuevas generaciones en el interés y conocimiento de la república para un futuro mejor. ¿Cuándo se abortó tan precioso ejemplo?

Culminación del libro, y su más clara y magnífica justificación, son los capítulos en que se refiere Francisco Jaramillo Mora al padre Marianito y a su patria chica (la del beato y la del autor), Angostura. Y a su tía Teresita Jaramillo Medina, la única novia que tuvo Miguel Ángel Osorio. Pacho estuvo presente cuando, ya viejo, Barba Jacob visitó en su casa a Teresita, "de azul crepuscular", en su casa de Yarumal, y también se refiere al hermano de ella, y por consiguiente también tío del autor, el poeta Francisco Jaramillo Medina, amigo eterno del poeta de la *Parábola del retorno* y quien fuera uno de los poetas más reconocidos de su tiempo, laureado por su saludo al progreso hace cien años, cuando hacía su escandalosa irrupción el oneroso siglo XX.

No quiero terminar sin darle a Pacho una respuesta muy personal, que lo sorprenderá, seguramente. Pregunta él en su libro: "Existía en Yarumal la banda municipal, dirigida por el maestro Bermúdez, violinista y compositor que todos los domingos, a eso de las siete de la noche, tocaba 'la retreta' desde el quiosco, a donde se llevaban atriles, los libretos con las notas de las piezas que la banda tocaría y esos instrumentos de cobre, algo golpeados pero brillantes que los músicos tocaban con entusiasmo. Sería un pequeño home-

naje recordar los nombres de estos músicos, ¿quién los recordará?” —Y yo le respondo que le puedo dar el nombre de uno solo, y con mucha pena. Se trata de: Rogelio Echavarría. Sí, yo mismo, en la época en que las retretas eran en el amplísimo atrio de la iglesia, estuve con mi padre viviendo unos días en la propia casa del maestro Bermúdez, frente al Colegio de María, y él empezó a enseñarme música. Así que muchas veces toqué el trombón con la banda... el único instrumento que yo podía soplar a mis flacos y escasos once años de edad...

Otro tema que me emocionó fue el que se refiere al “teatro lírico” que yo veía, muy niño, con mis padres en El Coliseo, y al cine, que vi por primera vez en el Teatro Águila y después en el mismo Coliseo, donde trabajé con la familia Jaramillo (del autor del libro) pintando cartelones y ayudando a operar los proyectores.

Finalmente, el humor paisa que campea en el libro y sobre todo en el capítulo cuyo título es el mejor chiste: “¡Levántate que vendí la cama!”.

ROGELIO ECHAVARRÍA

“Un buen regalo para Boyacá”

Boyacá. Historias y destinos

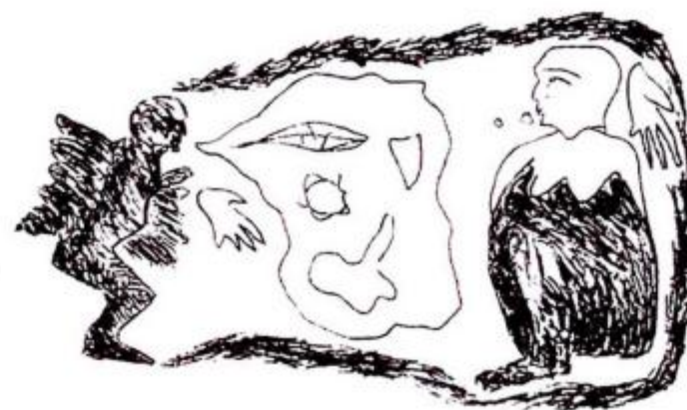
Varios autores

Gobernación de Boyacá, El Sello Editorial, OP editorial, Tunja, 1997, 158 págs., il.

Tópaga y Monguí tienen los nombres trocados. Tópaga, palabra sonora, debiera corresponder a la ciudad, y Monguí, casi un diminutivo, debería ser la aldea, cuyo parquecito central estuvo en otro tiempo sembrado de amapolas, sin que nadie se escandalizara por la belleza de las flores. Del mismo modo que algunos parques de Cali estuvieron rodeados por setos de matas de coca, con sus frutillas rojas, antes de que los Esta-

dos Unidos entraran a determinar con qué clase de plantas podemos adornar nuestras plazas y jardines, y nuestras casas. Mi madre tenía predilección por las amapolas, flor romántica de canciones y poetas, que alegraba nuestro patio. Menos mal que la hicimos cremar, para que no puedan meter sus huesitos a la cárcel por haber sembrado alguna vez una mata tan común en el trópico, cuya extinción se decreta precisamente en la época ecológica de preservación de las especies no humanas.

Boyacá, con todas sus paradojas, se muestra en un libro de buen aspecto, con intención divulgativa y promocional hacia el turismo, la inversión y la política. Su eficacia depende del número de ejemplares y su distribución, en la campaña publicitaria de la cual forma parte, con exposiciones y otros eventos.



La gobernación hizo todo lo necesario para que el libro saliera lo mejor posible, y así salió. Discreción, elegancia, calidad artística, nada le fue negado. La mayor parte de las fotografías y casi todos los textos responden a un proyecto editorial ambicioso, bien intencionado y bien dirigido. Todo lo cual significa que las fallas eran inevitables, pues no se puede trabajar con lo que no se conoce, o no se tiene. Desde ese punto de vista, el registro bibliográfico debe hacerse con el mayor elogio y consideración hacia los medios disponibles. La obra merece el honoroso calificativo de profesional, lo máximo que se puede decir si nos atenemos a los antecedentes de contratación en las entidades regionales del sector oficial.

El libro muestra que todos los que formaron parte de la empresa trabajaron con amor y competencia, y

sólo eso bastaría para desentenderse de posibles reparos. Pero la crítica es la crítica.

Tres historiadores, un economista, cinco periodistas, un crítico de arte, un músico, un fotógrafo y otros polifacéticos-autores, todos ellos escribieron muy bien. El único que escribe mal es el escritor, y esta es la primera paradoja. La deformación profesional de escribir para adolescentes le impide a Jairo Aníbal Niño escribir para adultos. El encantador autor de inolvidables cuentos y poemas para niños —tiernos, ingeniosos, bellos— que no faltan cada año en el taller de poesía de la Biblioteca Pública Piloto de Medellín, presenta en este libro dos textos con un lirismo fuera de lugar, dulzón e inadecuado para el caso.

En contraste, sobresale el capítulo sobre arte colonial. La precisión y claridad de la buena prosa, suficiente información y análisis profesional, acreditan la trayectoria de Eduardo Serrano, con la colaboración de Myriam Acevedo. El historiador Germán Villate Santander y los demás participantes realizan en conjunto un dibujo de Boyacá ponderado y atractivo, eficiente y serio. Todo condimentado por el doctor Jorge Velosa Ruiz, excelente compositor y músico, con el propósito de mostrar el habla y costumbres populares de la región, sin lo cual la obra hubiera quedado incompleta. Dicho sea entre paréntesis, la cucharita, que en Colombia es alegre música campesina, de picaresca malicia, en Brasil fue considerada como un lamento de triste pesadumbre.

A propósito, la elite culta que desprecia lo popular no desaprovecha ocasión para asestar sus golpes. Por los días en que se escribe esta reseña, la revista *Semana*, olvidando experiencias anteriores, despoja a Julio Flórez de la corona de la poesía, que le había sido entregada en 1923, y, sin embargo, Julio Flórez es el único poeta verdaderamente popular que hemos tenido en todo el siglo XX. Nada de extraño, pues el libro que se comenta omite a Julio Flórez de la lista de sus hombres principales, como omite también a Eduar-